

TRATADO DE LOS MANIQUÍES O EL SEGUNDO GÉNESIS*
POR BRUNO SCHULZ

«El Demiurgo», decía mi padre, «no tuvo el monopolio de la creación, la creación es un privilegio de todos los espíritus. A la materia le ha sido dada una fertilidad infinita, una potencia vital inagotable y, a la vez, una fuerza de tentación que nos induce a moldearla. En la profundidad de la materia se insinúan sonrisas borrosas, se engendran tensiones, se condensan los esbozos de formas. Toda la materia oscila en infinitud de posibilidades que la atraviesan con temblores turbios. A la espera del soplo regenerador del espíritu que le dé vida, se agita permanentemente, lo tienta con miles de curvas dulces y suaves que toman forma en delirios ciegos. Privada de iniciativa propia, sensualmente susceptible, femeninamente plástica, dócil a todos los impulsos, constituye un territorio fuera de la ley, abierto a todo tipo de charlatanería y diletantismo, el dominio de cualquier abuso y manipulación demiúrgica dudosa. La materia es el ser más pasivo e indefenso del cosmos. Cualquiera puede formarla, obedece a cualquiera. Todas las organizaciones de la materia son efímeras y débiles y están sujetas al retroceso y la disolución. No existe ningún mal en la reducción de la vida a formas nuevas y diferentes. El asesinato no es un pecado. A veces es una violación necesaria ante formas resistentes y petrificadas que ya no son interesantes. Puede incluso ser una virtud en el curso de una experiencia relevante. Este es el punto de partida de una nueva apología del sadismo».

Mi padre era incansable en la glorificación de ese elemento extrañísimo llamado materia. «No existe la materia muerta», enseñaba. «La inercia es tan solo una apariencia que esconde formas de vida desconocidas. La escala de tales formas es infinita y sus rasgos y matices, inagotables. El Demiurgo era poseedor de recetas importantes y dignas de interés para la creación, gracias a ellas creó múltiples especies que se renuevan con su propia fuerza. No se sabe si esas recetas alguna vez serán reconstruidas. Aunque no es necesario, ya que si esos métodos clásicos de la creación resultaran de una vez y para siempre inaccesibles, quedarían algunos métodos ilegales, un sinfín de métodos criminales y heréticos».

A medida que mi padre se alejaba de los principios generales de la cosmogonía y se acercaba al terreno de sus intereses más específicos, su voz bajaba de tono hasta reducirse a un susurro incisivo, su discurso se tornaba cada vez más difícil e intrincado y los resultados a los que llegaba se perdían en regiones más conjeturales y arriesgadas. Sus gestos se tornaban solemnemente esotéricos. Entrecerraba un ojo, se llevaba dos dedos a la frente y la astucia de su mirada se volvía insólita. Con esa astucia penetraba en el interior de sus interlocutoras y con el cinismo de su mirada violaba sus reservas más íntimas y vergonzosas, alcanzaba a las escurridizas en el rincón más oscuro, las ponía contra la pared y les hacía cosquillas; rascaba con el dedo irónico hasta obtener un destello de entendimiento y risa, risa de aceptación y acuerdo con la que finalmente se imponía la capitulación.

Las chicas permanecían sentadas, la lámpara humeaba, hacía tiempo que la tela se había resbalado de la máquina de coser que, ronroneando en el vacío, hilvanaba el paño negro de la noche invernal que se desenrollaba detrás de la ventana.

«Hemos vivido demasiado tiempo bajo el terror de la perfección inalcanzable del Demiurgo», continuaba mi padre. «Por mucho tiempo la perfección de su obra paralizó nuestra propia creatividad. No queremos competir con él. No tenemos la ambición de igualarlo. Queremos ser creadores en nuestra propia dimensión inferior, deseamos la creación para nosotros, ansiamos el goce creativo, en una palabra: la demiurgia». No sé en nombre de quién mi padre proclamaba tales postulados, qué comunidad, qué corporación, secta u orden imprimía con su solidaridad patetismo a sus palabras. En cuanto a nosotros, estábamos lejos de toda tentación demiúrgica. Mientras tanto, mi padre desarrollaba el programa de esa segunda creación, la imagen de otra generación de criaturas que iba a oponerse abiertamente a la época imperante.

«No aspiramos», decía, «a criaturas de largo aliento, seres duraderos. Nuestras criaturas no serán héroes de novelas en tomos. Sus papeles serán breves, lapidarios y sus caracteres no tendrán proyección a futuro. Muchas veces será por un gesto o por una palabra que emprenderemos la acción de convocarlas a la vida por un solo instante. Lo reconocemos: no pondremos el acento ni en la durabilidad, ni en la solidez de la ejecución. Nuestras creaciones serán –por así decirlo– provisorias, hechas para un solo uso. Si se tratase de personas, les daremos, por ejemplo, solo un perfil de la cara o una mano o una pierna, solamente la que necesite para su papel. Sería demasiado pedante preocuparse por una segunda pierna que no entre en el juego. Atrás, directamente podrán estar cosidas o pintadas de blanco. Condensaremos nuestra ambición en este orgulloso lema: un actor para cada gesto. Para cada palabra y para cada acción llamaremos a la vida a una persona distinta. Así nos gusta a nosotros y así será el mundo según nuestras preferencias. El Demiurgo amaba los materiales sólidos, complicados y excelsos, mientras que nosotros priorizamos las baratijas. Simplemente nos cautiva, nos encanta lo ordinario, la mala calidad, lo defectuoso del material. ¿Entienden ustedes», preguntaba mi padre, «el sentido profundo de esta debilidad, de esta pasión por los pedacitos de papeles de colores, el papel maché, el barniz, el esparadrapo y el aserrín? Este es», decía con una sonrisa dolorida, «nuestro amor por la materia como tal, por su vellosidad y porosidad, por su única consistencia mística. El Demiurgo, ese gran maestro y artista, la hace invisible, la obliga a desaparecer bajo el juego de la vida. Nosotros, al contrario, amamos su disonancia, su resistencia, su torpeza acartonada. Detrás de cada gesto, de cada movimiento, nos gusta discernir su pesado esfuerzo, su inercia, su dulce rudeza de oso».

Las chicas permanecían inmóviles y estupefactas. Sus caras tensas e hipnotizadas por la atención prolongada y sus mejillas enrojecidas hacían difícil apreciar si pertenecían a la primera o a la segunda generación de seres.

«En una palabra», concluía mi padre, «queremos crear por segunda vez al hombre, a imagen y semejanza de un maniquí».

* FRAGMENTO EXTRAÍDO DE LAS TIENDAS DE COLOR CANELA, DOBRA ROBOTA EDITORA, 2015